

BX1756
.A2
C3
N.2



BIBLIOTECA PÚBLICA DE LIMA
REG. L. 1000 DE 1872, 189

SERMON.

EN QUÉ OCASIONES Y Á QUIÉN SOCORRE LA DIVINA PROVIDENCIA.

PARA LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA (1).

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Cum sublevasset ergo oculos Jesus, et vidisset quia multitudo maxima venit ad eum, dixit ad Philippum: unde ememus panes ut manducent hi?

Habiendo pues Jesus alzado los ojos, y visto que le seguia una gran multitud, dijo á Felipe: ¿de dónde compraremos pan, para que coman estos?

S. Juan, c. 6. v. 5.

Hé aquí, señores, el gran milagro de la providencia, siempre rica y siempre misericordiosa, de nuestro Dios, en favor de los que le siguen. Hé aquí la prueba inconcusa y altamente luminosa del paternal cuidado, con que acude á proveer abundantemente de oportuno remedio á las necesidades de sus fieles hijos. Hé aquí en fin el argumento mas concluyente en contra de los reprobados afanes, con que los hombres buscan las cosas de la tierra y se olvidan de las del cielo. «No andéis solícitos diciendo qué comeremos, qué beberemos y con qué nos vestiremos,» nos manda el Evangelio (2); «los gentiles son los que buscan, se afanan y se inquietan por esas cosas: buscád vosotros primero el reino de Dios y su justicia, que lo demas

(1) Para este mismo dia hay un sermon sobre el cumplimiento pascual en la pág. 145 del tomo segundo de los de *Mision*, y otro de las almas del purgatorio en la pág. 404 del tomo cuarto.

(2) *Matth. c. 6. v. 25 et seqq.*

se os dará por añadidura. Mirád las aves del cielo, que ni siembran, ni cogen, ni amontonan en graneros, y vuestro Padre celestial las apacienta...: considerád los lirios del campo cómo crecen, aunque no trabajan ni hilan; y sin embargo ni el mismo Salomon, en toda su gloria, se vestía con mas gala y hermosura.»

Sentado nuestro gran Dios en el trono de su gloria, levanta sus ojos, tiende su vista por todos los ángulos del universo, que ha criado y depende exclusivamente de su eterna providencia y cuidado: *cum sublevasset*; todo lo ve, todo lo registra y sabe que á todo debe acudir, para que se conserve: *et vidisset quia multitudo maxima venit ad eum*; y entonces echa mano de los inagotables fueros de su poder, de su sabiduría y de su misericordia, y da á cada cual lo que necesita y le conviene. Nadie queda disgustado; á ninguno falta; todos salen provistos de su divina presencia, si tienen fe en su providencia y si reciben con dócil humildad lo que les reparte; ciertos, confiados y seguros de que aquello, y no otra cosa, es lo que pueden esperar, lo que deben recibir, lo que están obligados á aceptar con gratitud y reconocimiento.

Y ¿no es esto, señores, lo que vemos todos los días y á cada momento, y lo que se está repitiendo sin cesar á nuestros ojos desde el principio del mundo? Y sin embargo no nos sorprende, no llama nuestra atención, no excita nuestra fe, no estimula nuestra piedad. ¿Queremos un hecho singular, un milagro mas patente, si cabe, un suceso portentoso, que en circunstancias particulares sea como una aplicacion brillante de las reglas generales con que el Señor administra y gobierna al mundo? Pues hoy lo tenemos. Pero cuidado, que en él se nos da una leccion importante, un documento precioso y perentorio, que nos servirá de terrible cargo en el día del juicio. Nuestro deseo y nimia curiosidad quedan completamente satisfechos; pero de su mismo cumplimiento resultará contra nosotros un argumento indeclinable, á que jamas podremos contestar.

Jesucristo nuestro salvador y padre pasa al otro lado del mar de Galilea, seguido de una gran multitud de gentes, admirada de los muchos milagros que ya ántes habia hecho con los enfermos: subió á un monte y se sentó con sus discípulos; y alzando sus ojos, vió las gentes que venian hácia él, y dijo al apóstol san Felipe: ¿de dónde compraremos pan para que es-

tos coman? Preguntaba á Felipe, para probar su fe, así como ya tenia á la vista la de los que le seguian, en cuyo favor hizo el asombroso milagro de multiplicar cinco panes y dos peces en tan prodigiosa abundancia, que sobraron para satisfacer el hambre de cerca de cinco mil hombres, sin contar las mujeres, ancianos y niños. ¿Es bastante este prodigio para conocer toda la grandeza de la providencia del Señor? ¿Tenemos aún en él alguna cosa importante que aprender? Sí, señores; pero es indispensable examinar despacio lo que hace Jesus y las circunstancias en que lo hace, para deducir que los milagros de la Providencia son el premio de la fe y buenas obras. Esta es mi proposicion, expresamente contenida en el Evangelio. La dividiré en dos partes para mayor claridad y mejor orden. En la primera os manifestaré lo que hace Jesucristo en esta ocasion, y en la segunda, con quién lo hace, y por qué lo hace.

Ayudádme ántes á implorar los auxilios del Espíritu divino, poniendo por intercesora á la santísima Virgen, saludándola como se acostumbra. *Ave Maria*.

He apuntado en sustancia, cristianos, lo que hizo Jesucristo y las circunstancias en que lo hizo, al decir que multiplicó cinco panes y dos peces en el desierto, en tanta y tan prodigiosa abundancia, que bastó y sobró para hartar una multitud tal, que segun los expositores llegaba á doce mil personas. Pero para comprender bien toda la magnificencia de este portentoso hecho de la Providencia, es preciso detenerse en cada una de las cláusulas del Evangelio; y ¡ojalá que á mí me fuese dado el hacerlo formando una extensa homilía, á la manera de las de los Padres de la Iglesia! Entónces vuestra fe se avivaria mas, vuestra piedad y amor á Jesucristo se encenderia, como es debido, y vuestra gratitud tributaria sin cesar al Señor los justos homenajes de reconocimiento, á que nos empeñan sus bondades. Pero hagamos lo que permite un discurso ligado á ciertos límites.

Preguntado que fué san Felipe y probado por Jesus acerca de su fe en la providencia y poder del Señor, respondió de esta manera: Señor, doscientos denarios de pan no serán bastantes, para que cada uno de estos reciba una pequeña parte. Entónces el apóstol san Andres dijo á Jesus: aquí hay un muchacho

que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero esto ¿qué es para tantos? Sin esperar otra respuesta les dijo Jesus, que hiciesen sentar á los hombres..., tomó los panes, y dando gracias á Dios los distribuyó á los que estaban sentados, y lo mismo hizo con los peces. Luego que se hartaron, mandó recoger los fragmentos, para que no se desperdiciasen, y de ellos recogieron doce canastos. Sigue refiriendo el Evangelio la grande admiracion que produjo en las turbas este milagro, que en su vista aclamaron á Jesus por verdadero profeta y Mesías, y trataron de hacerle rey; pero Jesus se huyó de ellos.

¿Á quién no llama la atencion este suceso? ¿y cómo era posible que las turbas no quedasen admiradas? Pero mejor diré, ¿por qué se admiraron ellas y nos admiramos nosotros, al ver este insólito prodigio de la Providencia? Los judíos habian visto ya que á la voz de Jesucristo un paralítico habia saltado de su lecho, echándose áuestas, y marchando ágil y sano; habian visto á la hija de la viuda sentarse, hablar y quedar viva y curada, cuando ya la lloraban muerta en el féretro; habian visto curado al ciego de nacimiento, prodigio tan inaudito y tan nuevo, que nadie lo habia jamas oído referir en el mundo, segun la expresion del mismo; habian visto en fin, al hijo del príncipe Jairo, al criado del centurion, á los diez leprosos, á la Cananea, al ciego de Jericó y otros muchos; y tambien habian tenido la sacrílega é infame osadía de negar estos milagros, ó interpretarlos en mal sentido, y por ellos calumniar y perseguir á su divino Autor. ¿Cómo es que ahora se asombran, se excita su gratitud y le quieren hacer rey? Ah, señores! las circunstancias, la ocasion, las formas con que se hace y reviste el portentoso, abren los ojos al pueblo incrédulo, hieren su corazon corrompido y arrancan á la conciencia viciada un movimiento irresistible, una confesion casi indeliberada, que en otra ocasion, prevenida por la malicia, no verificara.

Y esta es la razon, cristianos, de la conducta que Jesucristo observaba con aquel pueblo perverso. Le pedian milagros, y les daba amenazas; le presentaban miserias, y huía la vista, si en alguno ó algunos no registraba disposiciones de sincera fe é intencion sana; pero cuando su eterna sabiduría esperaba el aprovechamiento, porque comprendia bien la piedad y humilde confianza de las gentes que le rodeaban, entónces con mano liberal y corazon generoso les prodigaba los beneficios y los

milagros. Nadie le pidió la multiplicacion de los panes; pero Jesus la hizo, porque en aquel lance conoció que eran acreedores, y que la apreciarian en su justo valor, como sucedió en efecto.

Lo mismo se está observando diariamente en el pueblo cristiano. « Pedís y no recibís, » dice Jesucristo, « y es porque pedís mal, porque pedís no lo que os conviene y conduce á vuestro verdadero bien, al bien de vuestras almas, sino á vuestras pasiones y concupiscencias. » Diré mas: se hacen milagros á millares, todos los días, todas las horas, todos los momentos; á nuestra vista, en nuestra presencia, con nosotros mismos: los vemos, los tocamos, gozamos sus beneficios; pero los despreciamos, ó al ménos los desconocemos, y no nos tomamos la pena siquiera de examinarlos filosóficamente, ya que no sea como cristianos. Son tantos y tan frecuentes, tan grandes y portentosos, que por lo mismo han llegado á envilecerse, dice san Agustin, y á pasar desaperecidos.

Y si no ¿qué es el universo todo, con todo su sistema, tan variado, tan hermoso, tan bello, tan encantador y admirable, sino un continuo milagro? ¿Qué somos nosotros mismos, existiendo ayer, y hoy, y mañana, á pesar de los débiles elementos, de los quebradizos resortes del germen destructor, de que se compone nuestra máquina, sino el mayor de los milagros? Aquel *hágase*, con que Dios crió al mundo y sacó todos los seres del seno profundo de la nada, ¿no es el mismo acto eficaz, omnipotente, providencial, con que las reproduce y conserva? Así lo cree san Cipriano, y yo tambien, y todos los hombres reflexivos y cuerdos. Con todo nada de esto nos asombra, porque se ve y se hace de continuo. Nos asombraria, sí, la multiplicacion de los panes; semilla fecundísima que fructificaba en las manos de Jesucristo, *con tan prodigiosa abundancia*, dice san Juan Crisóstomo, *que parecia que los panes producian panes para saciar á la multitud hambrienta*. Nos asombraria, porque se hizo una sola vez, por la libre, graciosa y espontánea voluntad del Hijo de Dios: nos asombraria, porque se hizo en favor de las turbas que no la pedian, pero la necesitaban, y olvidados de todo, seguian á Jesucristo. Con que por quién hizo Jesus este milagro? me preguntaréis. Ya está dicho: por los que le seguian. Reflexionar sobre este punto, es justamente la materia de la

SEGUNDA PARTE.

Levantó Jesus sus ojos, y vió, dice el Evangelio. Y á quién vió? á la gran multitud que le seguia. Entónces hizo el milagro de multiplicar los panes y los peces. Y para quién? vuelvo á preguntar. Para aquellos mismos, no para otros, no para los tímidos y perezosos que se quedaron en la ciudad; no para los que implicados en los negocios del mundo, desoian la predicacion del Salvador, sino para los que le seguian al desierto, hasta olvidarse de su propia conservacion y preciso alimento, dice san Ambrosio.

Es preciso considerarlo bien, cristianos. Jesucristo lo ha dicho y no puede faltar: es imposible servir á dos señores. El que quiera partir su corazon entre Dios y el mundo, desde luego desagrada á Dios, porque Dios rechaza esos servicios á medias; esos corazones partidos los quiere por entero, porque por entero los ha criado, por entero son suyos. Acaso nos quejamos nosotros de que teniendo mejores derechos, títulos mas legítimos para obtener favores y milagros que el pueblo judío, sin embargo no se nos dispensan, al ménos tan portentosos y extraordinarios como á ellos. Esta queja es injusta; en ella hay dos equivocaciones, dos errores, á cual mas perjudicial para nosotros. En primer lugar, si bien lo miramos, si se reflexiona con fe, á nosotros nos está el Señor obsequiando todos los dias con otros favores, con otros portentos, de un valor y mérito infinitamente superior al de la multiplicacion de los panes. En el mismo capítulo del Evangelio, en que se habla del uno, tenemos los otros. El pan de la vida eterna, el pan celestial, el cuerpo adorable de Jesucristo, la hostia de la salud ¿no se multiplica todos los dias en nuestros altares, para que sea el alimento vital de los que buscan á Jesus en el desierto de este mundo? Además, ¿tenemos mas méritos, mejores títulos que los judíos? Pues entónces, por eso mismo se nos exige mas; porque *al que mucho se le da, mucho se le pedirá*. Y bien; ¿hacemos nosotros lo que las turbas del desierto para buscar los milagros de Jesucristo? Responda cada cual por su parte; diga si abandona al mundo por Dios, si se le entrega todo entero y sin reserva, y entónces podrá valer algo su argumento. Pero yo estoy bien seguro que si ponemos la mano sobre nues-

tro pecho, nos veremos todos obligados á confesar que no hacemos ni lo que las turbas hicieron, ni lo que nos toca y á lo que estamos comprometidos por esas mismas razones de superiores títulos y de abundantes beneficios.

Y si no, ya que no abandonamos al mundo y sus cuidados, ¿es nuestra fe tan grande, es nuestra confianza en Dios tan ciega y absoluta, es nuestro amor por su doctrina inmaculada tan eficaz y ardiente, que sin cesar jamas nos abandonemos á su cuidado paternal, esperándolo todo de su eterna bondad, de su cariñosa providencia? Ah! Jesus elevó sus ojos en el monte, y vió que le seguia una multitud inmensa, dirigida solo por la devocion y piedad para oír sus doctrinas de vida y de salud: vió que olvidados del mundo, huyendo de él, dejando su tumulto, solo pensaban en una cosa, y era en oír su divina palabra. Por esta fe, por este amor, por esta confianza, el Señor cuidó de proveerles de lo que les faltaba y les era necesario: por esto hizo el milagro de la multiplicacion de los panes. Las turbas desconfiaron del mundo y confiaron en Dios: leccion importante y luminosa para el pueblo cristiano; leccion que imitada con fidelidad, nos dará sin remedio los mismos resultados. Quinientos denarios de pan, que serian como unos mil reales de nuestra moneda, no bastarian en la opinion del apóstol Felipe, para que cada individuo de los que seguian á Jesus, tomara un bocado: si él hubiese bien comprendido lo que se iba á verificar, hubiera dicho, que para tanto no bastaba todo el oro del mundo. Ni basta tampoco, ni bastará nunca para los diarios portentos que Dios hace con nosotros en el órden espiritual y en el temporal; ántes estorba é impide que los logremos, porque en el oro y demas arbitrios y medios terrenos está cabalmente el enemigo de que es preciso huir.

En fin, cristianos, Jesucristo obró en el desierto el gran prodigio de su providencia en los dias inmediatos á la festividad de la Pascua; circunstancia tambien digna de meditarse seriamente. Muy cerca está la Pascua de los cristianos: su festividad los llama á participar de los inauditos portentos del misterio asombroso y mayor, que forma como la esencia, como el carácter distintivo de la Religion católica; portentoso, misterio y favor que en ningun otro culto de cuantos el demonio y los hombres malos han inventado, se encuentra ni puede imitar. La participacion de la divina mesa, en la cual se da á los fieles

por alimento el adorable cuerpo de Jesus sacramentado, es el gran símbolo que distingue la Iglesia católica, y la fe de este misterio es la de la única Religion verdadera. Hasta lo infinito se multiplica el pan de vida eterna por medio de la omnipotente virtud de las palabras de Jesucristo, repetidas por sus ministros. La Iglesia nos convida, nos estimula, nos manda venir al banquete; y las disposiciones que exige son las mismas que vió el Salvador en la multitud, cuando en su favor multiplicó los panes: abstraccion del mundo y sus cuidados, fe ciega en la doctrina del Señor, y amor puro y ardiente á Jesucristo.

Para preparar Jesus á las turbas al conocimiento y participacion de este augusto misterio, les multiplicó el pan material y terreno, y despues les dijo: coméd, no el manjar que perece, sino el que permanece hasta la vida eterna. Para esto es preciso que creáis en la obra de Dios, hecha por su Hijo, á quien ha enviado con este fin.

Ea, cristianos, esta obra grande y portentosa es para nosotros. Avivád vuestra fe, y veréis, y participaréis del milagro del amor de Jesus, no ya como las turbas, comiendo del milagroso pan multiplicado en el desierto, sino del pan celestial y divino del cuerpo adorable y sacramentado del mismo Jesus. Avivád vuestra fe, repito; pero con las buenas obras, con el retiro del mundo, con un fervoroso y encendido amor á este Señor, cuya inmensa bondad, cuya sabiduría infinita y cuya providencia omnipotente y cariñosa ha querido obrar para el pueblo cristiano un prodigio, infinitamente mayor que el del desierto. Convencámonos en fin de que los milagros del Señor en favor del mundo son frecuentes, continuos y portentosos; y que siempre reclaman nuestra gratitud, y exigen amor y respeto, léjos de envilecerse con su frecuencia. Sobre todo y sobre todos el grande, el incomparable, el divino del augusto Sacramento, significado por el del desierto. Vivamos como buenos hijos de Dios, humildes, fervorosos y agradecidos á tantos favores: sea nuestra conducta tan virtuosa y tan pura que siempre podamos dignamente disfrutar de este beneficio y comer con frecuencia del pan milagroso, para que fortificados en el alma con su alimento, marchemos firmes y sin nunca desmayar hasta el monte santo de Dios, que es la gloria. Amen.

HOMILÍA.

ESTAMOS EN OBLIGACION DE SOCORRER

Á LOS NECESITADOS.

PARA LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Acceptit Jesus panes; et cum gratias egisset, distribuit discumbentibus: similiter, et ex piscibus quantum volebant.

Tomó Jesus los panes; y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados, y asimismo de los peces cuanto querian.

S. Juan, c. 6. v. 11.

Si en todos tiempos y circunstancias debemos meditar atentamente los saludables documentos, é imitar los ejemplos edificantes que se sirvió darnos nuestro divino Maestro en el discurso de su vida mortal, hay sin embargo ocasiones mas críticas que parecen exigirlo imperiosamente. La misericordia, la caridad y el prodigioso esmero, con que nos dice san Juan en el Evangelio de este dia, que atendió Jesucristo al remedio de las necesidades espirituales y corporales de las turbas que le seguian, admiradas al ver los repetidos y asombrosos milagros que obraba frecuentemente, para proporcionar la salud á todo género de enfermos y el remedio á todas las necesidades; exigen con razon de nosotros que procuremos ejercitar los actos de aquellas virtudes con un celo y exactitud, proporcionados á los apuros en que se encuentran muchos de nuestros hermanos. Las necesidades que experimentan en el dia, ya por respecto al cuerpo, ya con especialidad respecto del alma, son altamente acreedoras á nuestra atencion. La dolorosa situacion en que se